

des por los ángeles a las mansiones celestiales con su inocencia.

Nunca la Iglesia se ha mostrado tan poética como en el himno que se canta el día de los santos Inocentes. Parecen compuestas por una madre estas estancias.

«Os saludamos flores primeras del martirio, a vosotras a quienes segó el hierro en vuestro primer día, a vosotras, recientes rosas que el huracán arrebató frescas i bellas!»

«Vosotros, primeras víctimas inmoladas en el altar de Cristo, vosotros que jugais inocentemente en los altares con las palmas i las coronas que conseguisteis en la tierra!»

«De nada le servirá su crueldad a Heródes; muchos niños fueron degollados; empero aquel, cuya vida quería, se ha salvado!»

«La sangre de los recién nacidos ha corrido en arroyos; mas al hijo de la Virgen no tocó el cuchillo que hizo llorar a tantas madres!»

«Así se escapó Moisés, libertador de Israel, del cruel edicto de Faraón; i así su cuna se sacó del Nilo, cuyas ondas lo respetaron, salvándose así aquel que precedió al Cristo deseado de los pueblos.»

«Tierno rebaño de blancas ovejillas, tú sirves al cordero en el átrio del cielo! I solo aquellos que no han conocido mas que los besos de sus madres le siguen donde quiera, porque son puros como la nieve, no habiendo la mentira manchado aun su infantil boca.»

La fiesta de los santos Inocentes, fijada el 28 de diciembre, remonta al siglo nono: desde este tiempo la celebracion de ella ha sido jeneral, hasta que mil locuras vinieron a deshollarla. Como en esta fiesta, consagrada a la memoria de los jóvenes mártires, se daba el lugar de honor a la niñez, siendo en cierto modo la fiesta especial de los niños, no presidia siempre la razon en cuanto se introdujo en algunas ciudades para el ceremonial de aquel día.

De la fiesta de los niños hizo el abuso la fiesta de los locos, i entonces profanaron el santuario innobles bufonías. Estos sacrilejos han cesado, i hoy ha vuelto la fiesta de los mártires niños a su pureza primitiva; i en nuestras iglesias vuelven las lágrimas a los ojos de las madres cristianas cuando cantan delante del altar adornado aun con las pompas de Navidad: «Os saludamos; flores primeras del martirio, a vosotras a quienes segó el hierro en vuestro primer día, a vosotras, recientes rosas que el huracán arrebató frescas i bellas!»

La religion católica ha querido que no hubiese en la tierra una miseria sin socorro, un dolor sin consuelo, i puso en el cielo protectoras para todos los hombres.

Los poderosos del mundo que se sientan sobre los tronos, tienen para interceder en su favor cerca del rei de los reyes a Santa Clotilde, San Luis, Santa Radegunda, San Fernando, San Enrique i San Cosmario.

Los guerreros tienen a San Jorge, San Mauricio i todos los piadosos soldados de la legion tebana.

Las castas jóvenes que se dedicaron al Señor tienen por principal patrona a Maria, Reina de las vírgenes; luego a Santa Ursula, Santa Teresa, Santa Anjela, Santa Jenoveva, pastora de Nanterra; Santa Rosa de Lima i Santa Francisca de Quito.

Por los ancianos ruegan los Santos Patriarcas, i los niños torera por intercesores en las rejiones celestiales a los querubines, sus hermanos, i a estos jóvenes mártires cuya sangre corrió en derredor de la cena de Jesus.

La familia.

EL ESPOSO.

El esposo ha jurado en presencia del cielo i de la tierra, amar i proteger a la que ha elegido por compañero de su vida, i la religion i el honor le prohiben faltar a este juramento.

Si la mútua estimacion i el honor han sido la causa de esta union, i si un consorte no puede ser feliz sin el otro, es preciso que una deliciosa armonía reine siempre entre ellos. No puede haber armonía donde existen dos poderes rivales; i si la mujer ha de obedecer al marido, no como a un amo, sino como a un padre i bienhechor, tambien el marido ha de hacer a autoridad lo mas lijera posible, i que sea toda de proteccion. La esposa le fué entregada como compáñera i no como esclava.

LA ESPOSA.

La esposa está destinada a hacer que reine en el seno de la familia aquella felicidad i alegría del corazón a que nada se puede comparar. Resignada a no tener otra suerte ni otro porvenir mas que el de su esposo, si este llega a ser pobre, parte con él su pobreza; si le persiguen, su misma inocencia le ayuda a soportar los males; si cae enfermo, le prodiga sus afectuosos desvelos i siente mas que él sus dolores. Cuando el esposo no trae a su casa mas que un desaliento profundo i un amargo desengaño, al ver frustrados sus conatos, o al reconocerse víctima de la intriga o de la injusticia, entonces viene la esposa con sus dulces palabras i ternura angelical a difundir la paz en su corazón. Aconseja a su esposo i nunca le reconviene: el respeto i la prudencia, tanto como el cariño, le prescriben esta conducta para con él. En su misma abnegacion está su triunfo, i por lo mismo, olvidándose de sí misma, solo vive para su esposo, i si es necesario sabe morir por él.

EL PADRE.

El padre no tiene en el mundo cosa mas preciosa que sus hijos; así como estos en ninguna parte pueden encontrar el amor ilimitado i los tiernos desvelos de su padre. Vela i trabaja de día i de noche para alimentarlos i sostener la familia de que es cabeza, i afrontaría los peligros mas formidables para preservar los objetos de su amor. Toda su vida está consagrada a este fin, por cuya consecucion reputa en nada las penas i las privaciones. El padre en medio de sus hijos, velando i trabajando por su familia, es un espectáculo tan grande como consolador. Si ella es feliz, él lo es tambien: cifra su placer en instruir a sus hijos para que sean sábios, i enseñarles un oficio para que vivan del producto de su trabajo, i que de nadie necesiten. Distribuye con ellos hasta un solo pedazo de pan que tenga, i en caso necesario dará por ellos hasta su propia vida.

En los aciagos días de la revolucion francesa, cuando el sanguinario Robespierre hacia jermir en los colabozos a millares de víctimas, se hallaba encerrado en uno de ellos un joven llamado Loizerolles, sentenciado por el tribunal revolucionario a la muerte, que debia recibir en breve. Su anciano padre, que no le habia abandonado, estaba tambien con él en la prision, i velaba junto al joven, que, fatigado con tantas emociones, se habia rendido al sueño. Llegan en esto los esbirros de la república, i llaman una i dos veces al joven, que seguia profundamente dormido, sin idea de la muerte que le esperaba; mas, al padre le ocurrió una de aquellas que solo puede inspirar el amor paternal mas acendrado; así es que cuando volvieron a

152009

Bof. 29 Dic. 1857. Año 10 (1858) Semestre 2º

folio 4º

llamar a su hijo, se despidió de él con una mirada, i presentándose en su lugar a los verdugos, los siguió al cadalso, i tendió su cuello a la guillotina, murmurando estas palabras: «¡Dios proteja a mi hijo!»

DEBERES DE LOS PADRES PARA CON SUS HIJOS.

De todos los afectos que la naturaleza i la razón han hecho nacer en el corazón humano, no hai uno mas vivo, mas fuerte e inalterable que el amor de los padres a los hijos; es una necesidad casi tan imperiosa como la de su misma conservación.

Por esta razón la moral no ha creado un precepto sobre él, sino que dice a los hijos: «Respetad i honrad a los padres;» mas no ha dicho a estos: «Amad a vuestros hijos,» considerando que no podia ser de otro modo.

En efecto, ¿cómo suponer odio i aun indiferencia de parte de los padres con sus hijos? ¿No son una parte de ellos mismos? ¿No son su viva imagen destinada a sobrevivir? ¿No es en ellos en los que esperan apoyo en la infelicidad i en la indigencia, consuelo en la vejez i en los achaques que de ella dimanar? ¿No son el mas dulce encanto de su vida? Que dirijan, pues, hácia ellos sus afectos i complacencias.

De estas verdades eternas nace a los ojos de la moral, la obligación, o digamos, el placer de los placeres, de alimentar, educar e instruir a sus hijos, segun sus medios i facultades, i hacer por su interés i felicidad lo que han deseado que hiciesen por ellos. El cumplimiento de este deber les da derechos al reconocimiento de los hijos, mas reales i poderosos que la misma paternidad.

Que los padres se ocupen seria i continuamente en la educación de sus hijos. Este alimento intelectual no es ménos provechoso que el físico; el hombre ignorante es un peso para la sociedad, para sus padres i para sí mismo.

Con respecto al método de educación que deben seguir, siendo los niños naturalmente imitadores, el primer precepto, i talvez el mas útil, es el del buen ejemplo. El segundo consiste en explicar a sus hijos así que han llegado a la edad de la razón, las ventajas o inconvenientes de tal o tal acción; dirigir sus primeros pasos al bien, inspirarles el gusto de la virtud, horror al vicio, acostumbrarlos al trabajo, ilustrar su entendimiento a fin de hacerlos buenos, humanos, complacientes, i tan útiles a la patria como a sí mismos i a los autores de sus días, he aquí cuál debe ser el objeto constante de los desvelos de los padres; i lo conseguirán facilmente, si saben ganarse la confianza de sus hijos i hacerse amar i respetar de ellos. Necesitan tambien inspirarles un saludable temor para dar mas peso i autoridad a sus benéficas reprehensiones.

LA MADRE.

Durante nueve meses la madre lleva a la criatura en su seno, i durante estos nueve meses sufre i padece. Nace la criatura desnuda i debil, grita i llora: ¿quién cuidará de ella? Solo la madre, que durante las vijilias de la noche, trabaja i olvida su reposo por el bien de sus hijos.

La madre es la que recibe al niño en sus brazos, la que le estrecha contra su seno i le alimenta con su leche. Una madre i sus hijos es como el tronco i las ramas. El árbol es el que dá a las ramas la savia i la vida, i el que hiere el árbol hace mal a las ramas vice-versa.

El corazón de una madre es un tesoro de ternura para sus hijos, i una madre es la providencia de toda la familia.

La madre de familia tiene que hacer en obsequio de ella el sacrificio de su felicidad i su reposo. El padre, entregado siempre a las ocupaciones exteriores, distraído sin cesar por los cuidados que exigen sus negocios i relaciones particulares, no puede por sí solo asegurar el orden i la felicidad de su familia. Incumbe esto especialmente a la madre de familia, cuyo único placer es pensar en el bienestar de los demás. Ella es quien mantiene la paz doméstica, aconseja a su esposo, instruye a sus hijos, i no los castiga, les enseña con el ejemplo, mas bien que por lecciones, el medio de ser dichosos; i ellos obedecen i se acostumbran al trabajo i a la práctica de las virtudes. Jamás reprende a los criados con palabras groseras: la calma i la dignidad de su carácter hacen que los sirvientes sean exactos, i cada cual en su esfera cumple sus respectivas obligaciones, reinando el orden i la economía de la casa feliz dirigida por una buena madre de familia.

LOS HIJOS.

Las dulces inspiraciones de la piedad filial hacen palpar fuertemente el corazón de los niños al oír el nombre de padre i madre: estos dulces nombres infunden respeto, reconocimiento, amor i confianza. Un hijo de familia nunca debe olvidar el bien que recibe de los padres: el beneficio de la vida, los cuidados de la infancia, la solicitud, la fatiga, el desvelo de la que le ha dado a luz i alimentado con su leche; la indulgencia i zelo del que ha trabajado para educarle i preparar su porvenir, i los buenos ejemplos que ha recibido. Todas estas cosas indican que en estas palabras, *piedad filial*, se dá a entender que los padres representan a Dios en la tierra, i que es preciso honrarlos, servirlos i obedecerles.

Cuando lleguen a viejos i enfermos se les cuidará trabajando para ocurrir a sus necesidades; aunque tenga alguna flaqueza no debe hacerse aprecio de ella, i si alguno la nota se les debe disculpar. El hijo virtuoso es un velo que cubre la desnudez del padre i un escudo que protege la debilidad de la madre, porque cuando el arroyuelo corre limpio i trasparente sobre la arena, nadie se inquieta por saber si su origen fué claro o turbio.

El hijo que se avergüenza del estado humilde de sus padres, se deshonor a sí mismo porque se proclama ingrato, orgulloso e indigno de mejor estado. I esto sin que nada gane, porque en el momento que el burro se pone los jaeces del caballo, le descubren las orejas i le vuelven a la carga i a los palos.

En cualquiera evento estemos siempre prontos a rendir homenaje a aquellos sin los que, ni seríamos nada, no podríamos poseer nada. Merezcamos sobre todo su bendición, porque el que no obtiene la bendición de sus padres, no debe esperar el favor ni del cielo, ni de la tierra. El hijo ingrato, el hijo impío, es rechazado como un insensato incurable, como un ser monstruoso. Desgraciado de él cuando sea padre; en su vejez no se atreverá a reclamar unos derechos que ha reconocido; los respetos de sus hijos cubrirán de remordimientos su frente encanecida, i no se atreverá a bendecir a su propia posteridad por temor de acarrearle alguna desgracia.

La piedad filial es una virtud del corazón que no puede estar oculta. Semejante al fuego que comunica su calor i su luz a todo lo que lo rodea, se manifiesta exteriormente en el porte, en las palabras, en las acciones i en toda la conducta, desplegando un respeto i un amor sin límites.

¡Feliz el que pueda retribuir en la vejez de un padre i de una madre los cuidados que les ha me-